

E. MIRET MAGDA LENA

Al hablar de la razón, como guía y norte del hombre para salir del atolladero individual y social en que se encuentra, hay que concretar muy bien que, además de los factores individuales, deben entrar en ella la experiencia humana de todos los hombres y las experiencias científicas que nos acercan a lo que sea el hombre en sus mejores y más constructivos aspectos.

Se trata de una "razón vital" responsable, como quería nuestro Ortega. Individual y socialmente vital. Por eso no puede hacerse caso omiso, como pretendieron los sabios estoicos, de las inclinaciones humanas y de los sentimientos básicos del hombre. La moral cristiana, a partir del siglo III, perdió pie respecto al humanismo bíblico y se dejó llevar más por estos puritanos sabios griegos, predicando a veces una moral inhumana e inalcanzable. Pero no ha ocurrido así en la enseñanza de otros muchos pensadores tenidos en gran estima por la Iglesia. Por ejemplo, el padre Serillanges recuerda que "para Santo Tomás, la virtud no es otra cosa que la prolongación de nuestras inclinaciones naturales" (S. Teol., II-II, 108, 2). Lo mismo ocurre con los sentimientos; esta moral católica "exige que los sentimientos, por medio de los cuales se manifiestan nuestras tendencias profundas, colaboren a la vida moral" (René Jolivet, Moral). ¿Cómo? Por supuesto, ayudados por la razón humana, tal y como la he expuesto antes, para que su desarrollo sea armónico y constructivo y no resulte algo disgregador del hombre y de la sociedad.

Estamos así redescubriendo los católicos nuestra doctrina, después de estar envuelta en lo que sofocaba nuestra vitalidad y nuestra iniciativa.

Habíamos adquirido, a partir del siglo XVI, una concepción práctica del hombre, a través de muchos libros de moral y de espiritualidad, que era sumamente pesimista. El pecado original, desde este siglo, pesaba sobre nuestras cabezas y resultaba un sino de mal agüero en cuanto a las posibilidades humanas.

Sin embargo, esto era por ignorancia de algunas de nuestras básicas enseñanzas. Hoy, además, se está reconsiderando por los teólogos qué era el pecado original, para evitar caer en las infantiles explicaciones populares que se habían adueñado de la teología anterior al Concilio Vaticano II. Pero antes de entrar en estas nuevas teorías creó que debíamos ayudarnos de algo importante que nuestro pensamiento español clásico aportó y que se había olvidado en estos últimos siglos: el jesuita Suárez, profesor hace cuatro siglos de la Universidad de Coímbra, tuvo un planteamiento optimista del pecado original.

No quiso creer que el hombre había sido mermado por esta herencia en sus facultades naturales: el hombre, en cuanto hombre, había salido totalmente intacto de aquel suceso. Sólo había perdido los dones extraordinarios que, en la explicación teológica entonces usual, poseyeron los primeros pobladores de la tierra. Pero nada más.

La ciencia corrobora este punto de vista: "La capa más profunda de la personalidad tiene un carácter positivo", dicen a una el psicoterapeuta Carl Rogers, inventor del "counseling", y el psicoanalista propulsor de la psicoterapia de grupo y del psicodrama J. L. Moreno. Otro gran investigador del ser humano llegó a la misma conclusión: "Lo que constituye el núcleo de la personalidad son las fuerzas sanas y constructivas de crecimiento, es decir, el impulso a la actualización de sí mismo de Goldstein" (J. Nuttin, Psychoanalyse). Eysenck, el psicólogo inglés, atribuye a esto mismo la curación de las enfermedades psíquicas por caminos terapéuticos tan diferentes como los que existen, ya

¿EXISTE UNA MORAL CRISTIANA?

que todos confluyen en fomentar ese desarrollo. Lo mismo que el cada vez más valorado profesor Abraham Maslow, con su teoría de la "autorrealización" (El Hombre Autorrealizado).

Ante esta panorámica abierta acerca del ser humano surge el problema: ¿aporta algo nuevo y específicamente distinto el cristiano a la moral de hombre, a esta moral humana que he pretendido definir aquí?

Hace muchos años, cuando leía la Vida de Jesús escrita por el popular literato católico francés Daniel-Rops, me chocó su espontánea confesión de que casi todos los elementos morales que encontraba en el Evangelio eran puramente naturales, aquellos que todo hombre consciente, profundo y honrado podía haber encontrado.

Más tarde me preocupó el tema, a través de mis cursos de moral en el Instituto Universitario de Teología, y bucé más en él. Así fui llegando cada vez más a la convicción que hoy tengo: sustancialmente no existe nada en la moral cristiana que sea específico

de ella y que no lo pueda tener alguna otra moral profundamente humana.

El moralista católico padre Haering, sin estar totalmente de acuerdo con ello, reconoce que "algunos teólogos católicos aseguran que la doctrina moral del Nuevo Testamento, en cuanto a contenido, no añade nada nuevo a la pura ley natural, sino que únicamente le da una nueva motivación" (La vida cristiana a la luz de los sacramentos).

Lo mismo afirma el moralista italiano padre Valsecchi, adhiriéndose él personalmente a esa postura: "Algunas de las contribuciones más recientes del carácter específico de la moral cristiana están de acuerdo en poner de relieve la identidad moral entre ética cristiana y ética simplemente humana... y por eso exigen una dinámica reflexión antropológica que concrete el significado ético de los contenidos" (Nuevos Caminos de la Ética Sexual). Y en el mismo sentido se expresa otro gran especialista católico, el alemán Böckle.

Igual afirma el principal autor del Catecismo Holandés, padre Schillebeeckx, O. P. En el campo de lo natural, de lo humano, ve el contenido de la moral, contenido que "el hombre descubre a partir de la experiencia humana" (Dios y el hombre). Y así lo afirma también el excelente Diccionario Enciclopédico de Teología Moral: "Lo difícil que es sostener algo específicamente cristiano en el plano de los contenidos" (E. Chiavacci, o. c.).

¿Qué es, por tanto, lo que aporta el cristianismo al creyente? Sólo una cosa, que es por demás importante para él: el sentido y la intención última, que dan un nuevo valor a toda esa moral humana. Pero el cristiano tiene que valerse de sus propios medios para descubrir sus contenidos y acudir a los mismos conocimientos de la razón que otro que sea no-creyente, con el fin de aceptar responsablemente en su camino moral. Aunque al creyente le ha prestado también "la revelación y el etnos de la gracia, una confirmación". Por eso el Evangelio se adelantó a algunos hallazgos morales de hoy, y el cristiano se aprovechó antes de ello: ahí está el hecho descubierto por algunos marxistas —como Garaudy y Murry— de que la libertad de conciencia y el respeto a la intimidad es históricamente algo de raíz cristiana.

Por eso, en este mundo de creencias plures y de secularidad en que hoy vivimos, debemos darnos la mano todos para buscar —a plano de igualdad— los contenidos de la moral, para que las estructuras de nuestra civilización desarrollen al hombre y no lo aplasten; para esforzarnos en construir un mundo nuevo y un hombre nuevo, codo con codo y sin paternalismos religiosos discriminadores. ■